

ASHLEY ELSTON

# 10 citas a ciegas



Everything is possible



CROSS  
BOOKS

ASHLEY ELSTON

*10 citas  
a ciegas*

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2020  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *10 blind dates*  
Publicado mediante acuerdo con *Rights People*, Londres  
© del texto: Ashley Elston, 2019  
© de la traducción: Victoria Simó, 2020

© Editorial Planeta S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: noviembre de 2020  
ISBN: 978-84-08-23440-1  
Depósito legal: B. 17.768-2020  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## *Viernes, 18 de diciembre*

—¿Seguro que no quieres venir?

Mi madre se asoma por la ventanilla del pasajero y me abraza con toda su alma por décima vez en los últimos diez minutos. El tono de súplica en su voz está surtiendo efecto. Estoy a un milímetro de probar el sabor de la libertad por primera vez en mi vida, pero también a pocos segundos de enviarlo todo a paseo y subirme al asiento trasero. Le devuelvo el abrazo, más prieto de lo habitual.

Mi padre se inclina hacia delante para mirarme. La luz azul del salpicadero se refleja en su cara.

—Sophie, no nos apetece nada dejarte aquí en Navidad. ¿Quién controlará si estoy haciendo bien las marcas en las galletas de mantequilla de cacahuete? No sé si podré manejar el tenedor yo solo.

Me río y agacho la cabeza.

—Tranquilos —respondo.

Me da pena despedirme de ellos, pero ni en sueños pienso pasarme la próxima semana y media en casa de Margot viendo extremidades abotargadas.

Mis padres están a punto de poner rumbo a Breaux Bridge, un pueblecito del sur de Luisiana, a poco menos de cua-

tro horas de distancia, para pasar la Navidad con mi hermana y su marido. A Margot le faltan seis semanas para dar a luz a su primer hijo, pero le han diagnosticado preeclampsia superpuesta, que no tengo ni idea de lo que es. Yo solo sé que tiene los pies tan hinchados que parecen deformes. Y lo sé porque está tan harta de hacer reposo absoluto que se los fotografía desde todos los ángulos imaginables y luego me manda las fotos.

—No estaré sola que digamos —prosigo—. Me harán compañía los abuelos y los otros veinticinco miembros de la familia.

Mi padre pone los ojos en blanco y murmura:

—No entiendo esa manía de juntarse todos en una casa cada vez que tienen ocasión.

Mi madre le clava el codo en las costillas. El tamaño de nuestra familia no es cosa de broma. Tiene siete hermanos, que con ella suman ocho, casi todos con hijos. La casa de mis abuelos siempre está abarrotada, pero en vacaciones se convierte en la Estación Central de Nueva York. Las camas y los sitios a la mesa se reparten en función de la edad, así que mis primos y yo, cuando éramos niños, pasábamos la Nochebuena apretujados como sardinas en un camastro enorme tirado en el suelo y las comidas consistían en hacer equilibrios con el plato y el vaso de plástico sobre el regazo.

—¿No prefieres quedarte con Lisa? Allí estarás más tranquila —sugiere mi madre.

—No, de verdad. Estaré muy bien en casa de los abuelos.

Estaría muchísimo más tranquila en casa de mi tía Lisa. Es la hermana gemela de mi madre, tres minutos mayor que ella, y precisamente por eso me controla tanto. Y no me apetece que me vigilen. Estoy deseando disfrutar de un poco de libertad. Y poder pasar algún que otro rato a solas con Griffin. Ambas cosas escasean cuando vives en una ciudad pequeña y tu padre es el jefe de policía.

—Vale. Papá y yo llegaremos por la tarde si todo va bien, a tiempo para la fiesta de cumpleaños de la abuela. Abriremos los regalos entonces. —Mi madre se revuelve inquieta. Todavía no se quiere marchar—. Mira, si los padres de Brad no tuvieran pensado pasar allí la Navidad, nos quedaríamos. Pero ya sabes que ella tiene la manía de ordenarle la cocina a Margot y cambiarle los muebles de sitio constantemente. No quiero que tu hermana se ponga nerviosa, pensando qué andará haciendo su suegra mientras ella está en la cama sin poder moverse.

—Claro, y solo faltaría que los padres de Brad cuidaran de tu hija, imagínate —me burlo.

Mi madre es superprotectora con su descendencia. En cuanto Margot mencionó que los padres de su marido pasarían unos días en su casa, corrió a hacer las maletas.

—Podríamos salir mañana —le sugiere a mi padre.

Antes de que termine la frase siquiera, él ya está negando con la cabeza.

—Tardaremos menos si nos marchamos ya. Mañana es sábado y empieza la operación salida. El tráfico será un horror. —Se inclina hacia delante para mirarme a los ojos—. Coge tus cosas y vete directamente a casa de los abuelos. Llámalos para decirles que vas de camino.

Así es mi padre: la profesionalidad personificada. Es la primera vez en años que pasará más de un par de días lejos de la comisaría.

—Claro.

Un último abrazo a mi madre y le lanzo un beso a mi padre. Tras eso, se marchan.

Las luces traseras del todoterreno ligero de mis padres desaparecen calle abajo y me inunda una marea de sentimientos: emoción ante los días que tengo por delante pero también un nudo en el estómago. Hago lo posible por librar-

me de él. No es que no quiera estar con ellos —solo de pensar en levantarme la mañana de Navidad y no ver a mis padres me entran retortijones—, sino que no puedo pasarme todas las vacaciones en el minúsculo piso de mi hermana.

Una vez en mi habitación llamo a la abuela para decirle que llegaré dentro de unas horas. Está distraída. Oigo de fondo las sonoras voces de los clientes de la floristería y adivino que no está escuchando ni la mitad de lo que le digo.

—Conduce con cuidado, cariño —me recuerda.

Mientras cuelga, oigo que le grita a Randy, el del invernadero, los precios de las flores de Pascua y sonrío.

Son las seis de la tarde y el trayecto es corto desde Minden hasta Shreveport, donde vive el resto de mi familia. La abuela no me espera hasta las diez.

Cuatro gloriosas horas solo para mí.

Me tiro en la cama y clavo la vista en el ventilador, que gira despacio en el techo. Si bien ya tengo diecisiete años, a mis padres no les gusta dejarme sola. Y cuando araño unas horas, los agentes de la comisaría no paran de pasar por casa «solo para asegurarse de que todo va bien». Es ridículo a más no poder.

Palpo la cama hasta encontrar el teléfono y llamo a Griffin para decirle que al final no me marché, pero después de ocho tonos salta el contestador. Le envío un mensaje y espero a que aparezca la señal de que está escribiendo. No le dije que iba a intentar convencer a mis padres de que me dejaran quedarme; así sería yo la única en llevarse un chasco si las cosas no salían como esperaba.

Miro la pantalla en blanco durante unos segundos más, tiro el teléfono a la cama y me siento al escritorio. Hay productos de maquillaje, lápices de colores y frascos de esmalte de uñas esparcidos por la superficie. Hasta el último centímetro del corcho que tengo colgado en la pared de enfrente

está cubierto de impecables fichas blancas, una por cada universidad en la que me estoy planteando matricularme. Cada tarjeta cuenta con una lista de pros (en verde) y contras (en rojo), además de los requisitos exigidos por el centro. En unas cuantas he trazado una gran muesca verde. Significa que cumplo todos los requisitos y ya me han aceptado, pero todavía estoy esperando respuesta de la mayoría. Me refiero a ese corcho como mi «tablón de inspiración», pero mi madre afirma que más bien es mi «tablón de obsesión».

Mis ojos se posan en la primera tarjeta que prendí a principios del primer año de instituto: Universidad Estatal de Luisiana. Hace mucho tiempo pensaba que sería la única de mi corcho. Más tarde comprendí que no debía cerrarme puertas.

El móvil emite una señal y vuelvo la vista hacia la cama. Solamente me avisa de que a alguien le ha gustado mi última publicación en redes; no es la respuesta de Griffin.

Echo un vistazo a la pila de fichas en blanco que se amontonan en mi escritorio y, durante medio segundo, me planteo redactar una lista de Griffin. Llevamos juntos más de un año y los estudios acostumbran a ser nuestra máxima prioridad, pero con dos semanas de vacaciones por delante y ningún examen ni trabajo que entregar en el horizonte, la idea de estar a solas con él me emociona. Aunque nos lo hemos tomado con calma, mentiría si dijera que no he pensado en llevar las cosas más lejos.

*Verde: Llevamos juntos casi un año.*

*Estamos en el último curso del instituto y ya casi tenemos dieciocho años.*

*Rojo: Todavía no le he dicho «te quiero».*

*No tengo claro si me siento preparada para decirle «te quiero».*

A mi madre le daría algo si viera esa lista colgada en mi tablón, así que reprimo el impulso.

El teléfono emite otra señal. Me da un brinco el corazón cuando veo el icono de los mensajes de texto, pero al mirar la pantalla descubro que se trata de otra foto más de Margot.

Descargo la imagen y la observo durante unos minutos. Alguien debería prohibirle usar el móvil.

¿¿¿¿???? ¿¿¿QUÉ ES ESO???

Un primer plano de mis dedos de los pies. Hay cero espacio entre uno y otro. No puedo moverlos ni separarlos. Parecen salchichas pequeñitas.

¿¿Y si nunca vuelven a la normalidad?? ¿Y si los dedos de tus pies se quedan como salchichas para siempre? ¿Y si nunca más puedes llevar chanclas porque no eres capaz de deslizar la tira entre los dedos? Tu hijo se morirá de vergüenza si tiene una madre con esos pies.

Mejor tener salchichas en los pies que en las manos. Puede que me toque llevar esos zapatos ortopédicos tan feos, los mismos que usaba la tía Toby.

Podrías decorarlos. Y escribir tu nombre a los lados con pintura en relieve casera. Serían unos zapatos para dedos salchicha muy monos.

Ahora me apetece comer salchichas.

Qué asco. Y encima me has traumatizado.  
Nunca me quedaré embarazada por miedo a  
que los dedos de mis pies parezcan  
salchichas y tener que llevar zapatos  
ortopédicos decorados.

Su respuesta tarda unos minutos en llegar.

¡¡¡Mamá acaba de enviarme un mensaje  
diciendo que no vienes!!! ¿¿¿De qué  
vas, Soph??? Ibas a rescatarme del tira y  
afloja entre mamá y Gwen. ¡¡¡Ya sabes  
la que se arma cuando esas dos se  
juntan!!!

Búscate la vida. Espero que se peleen por  
limpiarte la mugre de entre los dedos  
salchicha. Tendrán que usar hilo dental.

Por tu culpa, ya nunca podré quitarme  
esa imagen de la cabeza. ¡Te maldigo  
con dedos salchicha por toda la  
eternidad!

Iré cuando nazca el bebé.

¿Me lo prometes?

Te lo prometo.

¿Ya ha llegado Griffin a casa?

No es asunto tuyo.

Vale, me la sopla. Pero tú a él no se la soples, ¿eh?

Ja. Ja.

Curioseo por las redes sociales para matar el tiempo mientras espero la llamada de Griffin. El teléfono suena por fin y aparece su nombre en la pantalla. Ni siquiera trato de reprimir la sonrisa que inunda mi cara.

—¡Hola! —grita por encima de la música a todo volumen y el ruido que se oye al fondo.

—¿Hola! ¿Dónde estás? —le pregunto.

—En casa de Matt.

Ya he visto varias publicaciones de gente que estaba de fiesta por el jardín y la piscina de Matt, incluida Addie, mi mejor amiga desde tercero de primaria.

—¿Vas de camino a casa de tu hermana? —pregunta.

—Cambio de planes. Me quedo con mis abuelos. Pero no tengo que estar allí hasta dentro de unas horas.

—¿Qué? ¡Casi no te oigo! —dice a voz en grito.

—¡Cambio de planes! —vocifero—. Me quedo aquí.

Oigo el ritmo machacón de los bajos, pero no distingo qué canción está sonando.

—No me puedo creer que tu padre no te haya obligado a acompañarlos —dice.

—Ya lo sé. ¿Quieres venir? O si prefieres voy yo.

Guarda silencio un momento antes de contestar:

—Ven a casa de Matt.

Noto una punzada de decepción.

—Vale, nos vemos en un rato —asiento antes de colgar.



La fiesta de Matt está más concurrida de lo que esperaba. Hoy ha sido el último día de clase antes de las vacaciones y parece ser que todo el mundo está deseando celebrarlo. Debe de haber un millón de bombillitas decorando la casa, los arbustos y los árboles. En serio, han cubierto de luces cualquier cosa que se quedara quieta demasiado rato.

Casi todo el mundo viste camiseta y pantalones cortos y, a pesar de la decoración, no parece una fiesta de Navidad. Es difícil tener la sensación de que se acercan las vacaciones de invierno cuando estás matando mosquitos. Maldito clima de Luisiana.

Aparco el coche a cuatro casas de distancia, la plaza más cercana que he podido encontrar. A pesar de lo lejos que estoy oigo el martilleo grave de la música procedente del jardín. No me extrañaría que los vecinos llamasen a la policía en menos de una hora. Con un poco de suerte, ya me habré marchado; me costaría explicar qué hago aquí en lugar de encontrarme rumbo a Shreveport cuando uno de los agentes llamase a mi padre para chivarse, lo que sin duda sucedería.

Cuando llego a la casa, veo a un chico y a una chica sentados en la hierba del jardín delantero. Juraría que están discutiendo. Por lo general el drama empieza más tarde. Se callan cuando me ven y yo apuro el paso para ofrecerles intimidad. Siguiendo la música, me encamino hacia la piscina, situada en el jardín trasero. Estoy a punto de doblar la esquina cuando noto un tirón en el brazo. En cuestión de segundos alguien me abraza con tanta fuerza que por poco me ahoga.

—¡Pensaba que no venías! —chilla Addie con una voz tan aguda que varias personas se vuelven para mirarnos.

—¡He convencido a mis padres de que se marcharan sin mí! ¿Te lo puedes creer?

—¡Alucino! ¿Te quedas con tu abuela? —Hace un mo-  
hín—. ¡Entonces casi no te veré!

Me río con ganas.

—Sí que me verás. Lo tengo todo pensado. Ella estará tan  
ocupada que no me echará en falta. Quedaremos mogollón,  
ya verás.

—Como se enteren tus padres te la cargas. Tendremos  
que escondernos en tu coche. —Addie se pone a saltar—.  
¡Ah! Y trae a Olivia. Hace siglos que no la veo.

Asiento, aunque dudo mucho que quiera acompañar-  
me. Olivia es una de mis numerosas primas y la hija de la  
gemela de mi madre, Lisa. Solamente nos llevamos dos  
meses y hace un tiempo estábamos superunidas, pero a lo  
largo de estos dos últimos años nos hemos ido distan-  
ciando.

—Está ayudando a la abuela en la tienda. No sé si podrá  
escaquearse.

Los ojos de Addie se iluminan mientras empieza a arras-  
trarme hacia la casa de la piscina.

—Pues tendremos que pensar cómo apañárnoslas para  
que se pueda escapar.

—¿Has visto a Griffin? —le pregunto, para no seguir ha-  
blando de Olivia.

—Aún no, pero Danny y yo acabamos de llegar. Puede  
que esté dentro. —Hace un gesto en dirección a la casa de la  
piscina—. ¿Quieres una cerveza?

—No, tendré que conducir dentro de un rato, he queda-  
do en ir a dormir a Shreveport. Voy a buscar una botella de  
agua —le digo, y nos separamos.

Addie se encamina al barril de cerveza que han escondi-  
do entre las plantas y yo me abro paso entre el gentío. Una  
vez dentro, la música está tan alta que las primeras personas  
con las que intento hablar ni siquiera me oyen.

Por fin consigo cruzar la habitación y avisto a unos amigos de Griffin.

—¡Sophie! ¡Qué pasa! —grita Chris, que intenta abrazarme.

Se ha despojado de toda la ropa excepto de una camiseta interior blanca y los calzoncillos tipo bóxer. Alargo el brazo para impedir que se acerque demasiado. Es el típico tío que siempre se las arregla para acabar prácticamente desnudo en las fiestas. En un baile de Halloween del instituto acudió disfrazado de vaquero y, al final de la noche, no quedaba nada de su traje salvo los zahones encima de los calzoncillos. Lo expulsaron una semana por exhibicionismo.

—Poca cosa. ¿Dónde está Griffin? —pregunto. Doy media vuelta para echar una ojeada.

Chris agita la mano hacia atrás.

—Por ahí. Ha ido a por una cerveza.

Asiento y me dispongo a buscarlo. Es complicado abrirse paso entre la multitud, pero por fin veo a Griffin entrar en la pequeña cocina que hay al fondo del anexo. Tardo unos minutos en alcanzarlo, porque voy a parar al centro de un corro de gente que baila y Josh Peters no me deja marchar hasta haberme obligado a hacer unos cuantos giros. Estoy a punto de doblar la esquina para entrar en la cocina, donde la música suena más amortiguada, cuando oigo a Griffin decir:

—Sophie viene hacia aquí.

No son las palabras las que me detienen en seco. Es el tono. Decepcionado a más no poder.

Parker, uno de sus mejores amigos, extrae un par de cervezas de la nevera. Ninguno de los dos advierte mi presencia al otro lado de la puerta.

—¿No dijiste que se marchaba a casa de su hermana o algo así? —pregunta Parker.

Griffin agacha la cabeza.

—Sí. Pero ya no.

Parece hecho polvo, como si le hubiera estropeado las vacaciones. Percibo en su voz esa horrible sensación que tienes cuando esperas algo con toda la ilusión del mundo, tanta que podrías estallar de felicidad, y te enteras de que no va a suceder. Así me sentí yo cuando pensé que no podría pasar las vacaciones en casa.

Y así se siente él cuando descubre que me quedo.

«¿Qué está pasando?»

Griffin hace amago de volverse y me pego a la pared de fuera. ¿Por qué me escondo? Debería entrar como un vendaval, exigir explicaciones. Pero me quedo agarrotada. Cuento hasta cinco y luego, despacio, vuelvo a asomarme.

—Llegará en cualquier momento —dice Griffin clavado en el sitio.

Parker abre una cerveza y se la tiende. Él bebe un largo trago.

—Y ¿qué problema hay? —pregunta este. También ha percibido el tono desilusionado, obviamente.

Griffin se encoge de hombros.

—Vas a pensar que soy un cerdo, pero en parte me apetecía que se marchara. Para saber cómo me sentiría si rompiésemos, ya sabes.

El corazón me late a toda pastilla.

—¿Quieres dejarla? —pregunta Parker, y toma otro trago de cerveza.

Griffin se encoge de hombros de nuevo. Tengo tantas ganas de gritar que no sé si podré contenerme.

—Me parece que sí.

Ahogo una exclamación. Los dos se vuelven hacia la puerta. Parker agranda los ojos y nos mira alternativamente para acabar posando la vista en mí.

Durante una milésima de segundo Griffin trata de adivi-

nar si he oído sus palabras. La expresión de mi cara no deja lugar a dudas.

Trastabillo hacia atrás y choco contra la pared antes de largarme por piernas.

Tengo que salir de aquí. No puedo ni mirarlo. No quiero estar en este sitio.

—¡Sophie!

Griffin me sigue de cerca, pero yo me aparto y me agacho de camino a la puerta. Tengo miedo de echarme a llorar antes de haber salido. Es entonces cuando Addie ve la expresión de mi cara y se abre paso a empujones entre la gente que baila para sacarme de allí.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta una vez que estamos al otro lado de la piscina.

Me desplomo en el suelo y se lo cuento todo.

—Qué cerdo —dice Addie.

Se da la vuelta, haciendo ademán de ir a buscarlo para pedirle explicaciones.

—Por favor, sácame de aquí —le suplico.

Regresa a mi lado.

—Claro. Vamos.

Addie me ayuda a levantarme y echamos a andar por el jardín. Ahora las lágrimas corren por mis mejillas y ni siquiera intento contenerlas.

Tengo el corazón destrozado.

Más que destrozado.

Pulverizado.

«Quiere romper conmigo.»

—No me lo puedo creer —rezonga Addie entre dientes—. ¿Quiere dejarte? Pues peor para él. ¡Tiene suerte de estar contigo!

Me faltan palabras para contestar a eso. No sé si algún día las tendré.

Tan pronto como llegamos al camino de la entrada, vemos a Griffin. Corretea junto a la valla, oteando la calle.

—No puedo hablar con él ahora mismo —declaro con voz ronca. Addie asiente y me conduce a una zona de sombras antes de encararse con él.

—No. He dicho que no —lo corta Addie tajante—. No quiere hablar contigo.

Las lucecitas prendidas al alero iluminan la cara de Griffin. Tiene un aspecto horrible.

Hay culpa en su semblante, sí, pero sus ojos también emanan tristeza.

—Por favor, Addie. Necesito hablar con ella. —Fuerza la vista hacia las sombras en las que me he refugiado—. Sophie, te lo suplico. Hablemos. Deja que te lo explique. No quería decir eso.

Reculo para no oírlo, para no escuchar sus excusas. Corro a esconderme detrás de unos macizos de azalea que hay en el jardín delantero, tropezando a cada paso, para poner distancia entre los dos.

Espero que Griffin no me siga. Una pequeña parte de mí quiere coger lo que he oído y retorcerlo hasta convertirlo en algo que no me rompa el alma. Pero no puedo dejar de escuchar el tono desilusionado de su voz. Diga lo que diga ahora, no quería verme. No le apetecía estar aquí conmigo.

Cuando llego al coche por fin, estoy destrozada. Unos pasos resuenan en la calzada, a mi espalda, y reúno fuerzas.

—Sophie, por favor, habla conmigo —me ruega Griffin.

Yo estoy de cara al coche. Él se ha situado detrás de mí y sé que Addie anda cerca.

Aprieto los labios.

—Estaba muy emocionada cuando mis padres accedieron a dejarme en casa, porque pensaba que sería divertido pasar estos días contigo. Los dos solos. Lo estaba deseando.

Pero tú necesitas un descanso de mí, ¿no? ¿Era eso lo que tú esperabas con ilusión?

Posa una mano en mi hombro con suavidad para decir:

—Date la vuelta y habla conmigo.

Me aparto.

—¿Es eso lo que quieres?

Percibo cómo elige las palabras con cuidado.

—No sé lo que quiero, Soph. Estoy hecho un lío. Cada vez vamos más en serio. Estamos a punto de acabar el instituto. ¡En teoría este año iba a ser divertido!

Doy media vuelta.

—Bueno, pues te lo voy a poner fácil. ¿Necesitas un descanso? Ya lo tienes. Hemos terminado.

Alarga la mano hacia mí, pero la esquivo. Está nervioso, y yo lo atribuyo al modo en que los acontecimientos se han precipitado. No ha podido disfrutar de su periodo de prueba.

—Espera, Sophie. ¿Podemos hablarlo? Te quiero. De verdad que sí.

Sus palabras son un mazazo. Llevaba meses esperando oírse las decir. Deseándolo con toda mi alma

No puedo seguir con esto.

No puedo quedarme aquí.

—No te marches. Habla conmigo, por favor —me suplica de nuevo.

Lo dejo con la palabra en la boca y me subo al coche.

Griffin se retira por fin a la acera cuando arranco el motor. Addie se acerca corriendo a la ventanilla.

—Yo te llevo.

Sonrío con tristeza.

—Tranquila. Te llamo luego, ¿vale? Te quiero.

Se asoma por la ventanilla y me abraza a toda prisa.

—Yo también te quiero.

Gracias a Dios, Griffin guarda las distancias.

En cuestión de minutos estoy circulando por la autopista I-20 rumbo a Shreveport.



Cuando llego a casa de mi abuela, estoy hecha un trapo. Echo un vistazo a mi aspecto en el espejo retrovisor y por poco grito al ver a la desconocida de ojos churretosos que me devuelve la mirada. Tengo la nariz roja, los ojos hinchados y estoy segura de que llevo mocos encostrados en la camiseta.

Casi todas las luces están apagadas, de modo que, con un poco de suerte, no habrá nadie salvo mis abuelos. En esta casa no es raro tener que pasar de puntillas por encima de algún primo para entrar. De mis siete tíos, seis viven aquí, en Shreveport, cuatro de ellos a pocas manzanas. Y si bien parecería lógico que volvieran a su propio hogar para dormir, no suele ser el caso. Pero esta noche reina la calma.

Aparco el coche en la calle y recojo la mochila del asiento trasero, pero me desmorono antes de llegar a la puerta. No puedo entrar así. La abuela llamará a mis padres, que se enfadarán al enterarse de que no he acudido directamente. Y también se disgustarán por el asunto de Griffin. Lo quieren mucho. A pesar de todas las reglas absurdas que nos imponen, ya lo tratan como si formara parte de la familia.

Usando la mochila como almohada, me tumbo en los pedales en penumbra y miro la luna llena. Una enorme parte de mí no desea nada más que acurrucarse en el regazo de mi madre y llorar.

Un año. Ese es el tiempo de mi vida que he desperdiciado con Griffin. Un año, maldita sea.

¿Qué he pasado por alto? Los dos dábamos prioridad a

los estudios. Ambos estábamos deseando ir a la universidad y queríamos asegurarnos de poder entrar en los centros que habíamos escogido. Pensaba que estábamos contentos con la relación.

Sin embargo, por lo visto, él no se divertía conmigo.

—¿Te vas a quedar ahí fuera toda la noche o vas a entrar y me vas a contar qué ha pasado?

Por poco me caigo rodando cuando la cara de mi abuela planea sobre la mía.

—¡Abuela!

Me levanto de un salto y le echo los brazos al cuello con tanto ímpetu que casi perdemos el equilibrio las dos.

Mientras ella me acaricia la espalda, estallo en lágrimas una vez más.

—Ay, no... Venga, pasa y cuéntamelo.

Entramos de la mano, directamente a la cocina. Es el corazón de esta casa. Está abierta al salón, con montones de armarios y una larga encimera. Tiene una de esas neveras gigantescas de acero inoxidable, forrada con los dibujos de sus nietos, y sé que si abro cualquier puerta encontraré los estantes rebosantes de comida. Hay una fila de taburetes altos a un lado de la isla y una enorme mesa de madera delante de las ventanas, que dan a la casa de los vecinos. Y nunca falta un jarrón con flores frescas en el centro.

Es mi estancia favorita de toda la casa.

Después de dejarme instalada en uno de los taburetes, me sirve una porción de la tarta de chocolate más celestial que he visto en mi vida. Aquí siempre abundan las golosinas, y esta noche no es una excepción.

—Dudo mucho que estés llorando por la partida de tus padres, de manera que será por un chico, supongo. ¿Cómo se llama?

—Griffin —musito.

—Sí, Griffin. Cuéntame qué ha pasado.

Tras un momento de silencio le doy un bocado a la tarta. Siempre he estado muy unida a mi abuela, pero nunca hemos hablado de mi vida sentimental.

Cuando percibe mi vacilación dice:

—He criado a cuatro hijas. Te prometo que más de una me ha contado sus penas amorosas aquí, en este mismo taburete.

Disimulo el apuro con una risa. Mi abuela se enorgullece de su capacidad para recomponer lo que está roto en relación con su familia. No hay problemas demasiado grandes o pequeños para ella. Es su manera de ser.

Mientras me sirve un vaso de leche, la observo desplazarse por la cocina. Cumplirá setenta y cinco dentro de poco más de una semana, pero nadie lo diría, gracias a una cantidad de canas insignificante y a una rutina estricta de cuidados faciales. Y sigue siendo tan fuerte como para cargar enormes bolsas de sustrato y mantillo en el vivero, aunque el abuelo la regañe cada vez que lo hace.

Respiro profundamente.

—Te he dicho que estaba en casa de Addie, ya lo sé, pero he ido a otro sitio. Un amigo daba una fiesta. Quería ver a Griffin antes de venir. Pensaba decirle que al final pasaría las vacaciones por aquí. Darle una sorpresa.

La abuela enarca las cejas.

—Vaya, vaya. Esas cosas rara vez salen bien.

Resoplo una carcajada.

—Ya te digo.

La abuela se acomoda a mi lado. Mientras le hinca el diente a su propia porción de tarta, se lo cuento todo. Cuando estoy terminando me frota la espalda con grandes movimientos circulares. Yo me acurruco contra ella.

—Cariño mío, ya sé que ahora mismo todo eso te parece

el fin del mundo, pero no lo es. Da gracias de saber lo que siente Griffin antes de perder más tiempo con él.

Me tiende una servilleta para que me enjугue las lágrimas.

—Pero yo pensaba que queríamos lo mismo.

—Las cosas cambian constantemente. Quizá pensaste que avanzabais en la misma dirección cuando no era así.

Una vez que doy cuenta de la porción de tarta, me acompaña a la habitación de invitados del piso superior.

—Este cuarto es todo tuyo hasta que vuelvan tus padres. Mañana me puedes ayudar en la tienda. Tener las manos ocupadas impedirá que le des vueltas a la cabeza. Y a Olivia le encantará contar con tu compañía. No para de quejarse por tener que trabajar mientras los demás están de vacaciones.

La abuela me arropa y me arrulla igual que hacía en mi infancia. Es más agradable de lo que recordaba.

Me planta un besito en la cabeza y promete:

—Mañana lo verás todo de otro color.